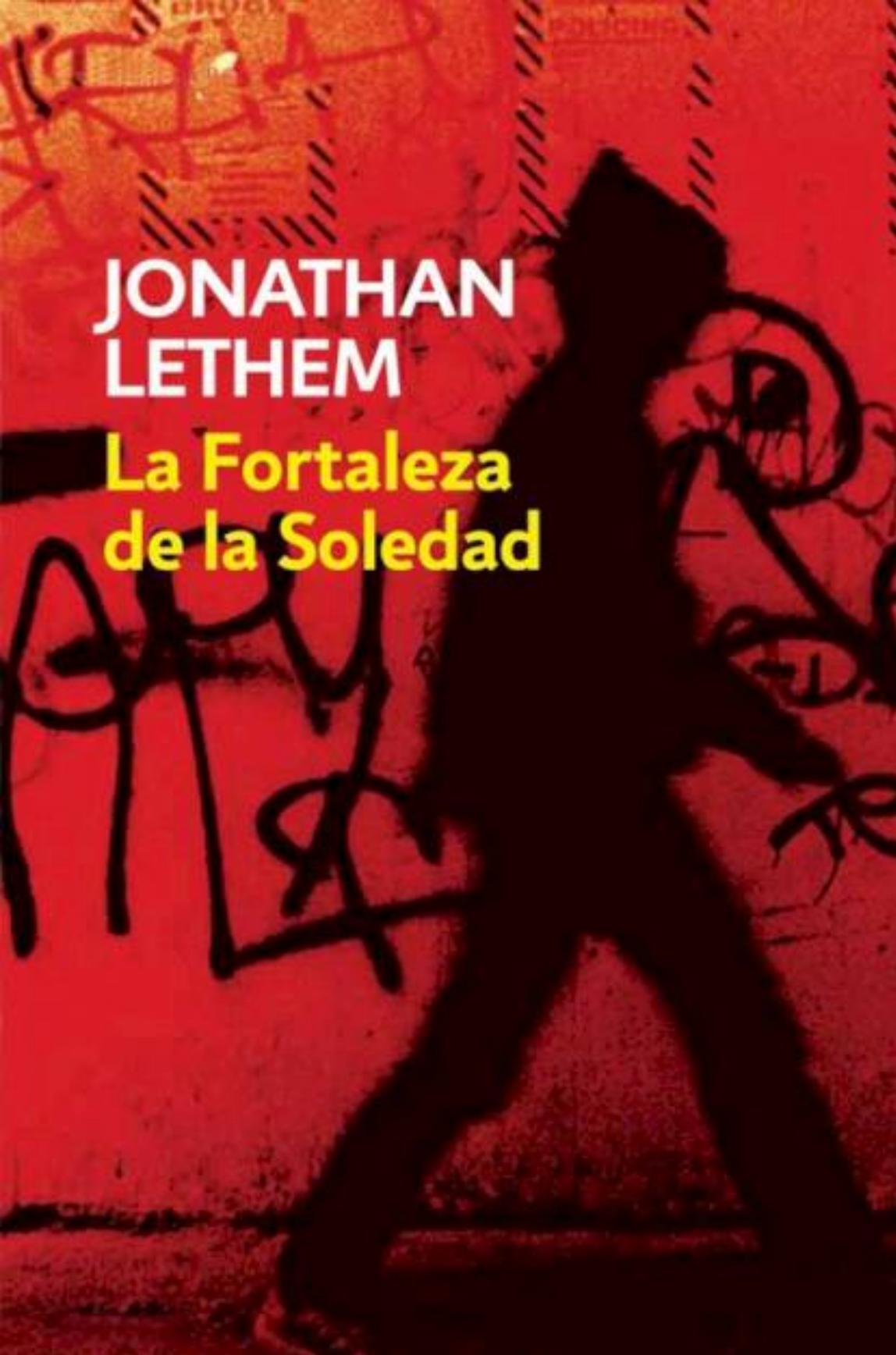


**JONATHAN  
LETHEM**

**La Fortaleza  
de la Soledad**



*La fortaleza de la soledad* cuenta la historia de Dylan Ebdus. Ebdus llega a Boreum Hill, Brooklyn, durante la primera mitad de los setenta; un niño blanco de una familia de hippies que se establecen con el beneplácito de la fundadora de la comunidad blanca local. La madre de Dylan, Rachel, una mujer bohemia y pronta a llegar a las manos, abandona poco después a su marido Abraham; un quijotesco pintor que lleva toda su vida haciendo una película con sus pinturas abstractas y que sobrevive pintando portadas para ediciones de ciencia ficción de bolsillo.

Las peripecias de Dylan para sobrevivir a lo largo de todas su educación secundaria en un barrio de negros, así como sus días de ser apalizado simplemente por el dinero de su almuerzo parecen llegar a su fin cuando conoce a su hermano espiritual Mingus Rude, un negro que le introduce en otros mundos.

Para Mara Faye

# PRIMERA PARTE BAJO EL ICEBERG

## 1

**C**omo una cerilla que se enciende en un cuarto a oscuras:

Dos chicas blancas con camión de franela y patines de plástico rojo con lazos blancos trazaban círculos inseguros en una acera de pizarra azul agrietada a las siete de la tarde de un día de julio.

Las chicas murmuraban rimas, rimas eran murmuradas, con su pelo como de gasa color rosa cielo volando como si jamás se lo hubieran cortado. Los padres de las chicas les habían permitido volver a la calle una vez acabada la cena, solo después de ponerse los pijamas y cepillarse los dientes para irse a la cama, a disfrutar del anochecer rosa y anaranjado del verano, el aire y la luz que cubrían la calle, que cubrían todo Gowanus como la palma de una mano o la superficie interior de una concha marina. Los puertorriqueños sentados en cajas de leche frente al ultramarinos de la esquina gruñeron al verlas, sin saber muy bien qué era lo que veían. Estiraron los labios para mostrarse los dientes, como prueba de paciencia, de tolerancia silenciosa. Chapas de botellas empujadas sin ganas al alquitrán reblandecido ensuciaban la calle: Yoo-Hoo, Rheingold, Manhattan Special.

Las chicas, Thea y Ana Solver, brillaban como una llama recién encendida.

Una anciana blanca había llegado a la manzana antes que los Solver a reclamar uno de los maltratados edificios, uno que había sido pensión, reemplazando a quince hombres con su única presencia y la de sus pertenencias empaquetadas. En realidad fue la primera. Pero Isabel Vendle solo

merodeaba como un rumor, como un apóstrofe dentro de su casa de piedra rojiza, por donde en ese momento se arrastraba con un bastón entre el apartamento del sótano y su dormitorio en el viejo salón del primer piso, la habitación donde leía y dormía bajo el ruinoso techo de escayola sin restaurar. Isabel Vendle era un nudillo, su cuerpo se enroscaba alrededor del cartílago de antiguas heridas. Isabel Vendle recordaba un día en un paquebote del lago George, garabateaba cartas con una pluma mojada en tinta, humedecía sellos en una esponja en un plato. La superficie de su escritorio era de corcho. Isabel Vendle tenía dinero, pero sus habitaciones del sótano olían a periódicos húmedos.

Las chicas patinadoras eran la última novedad, iluminadas por los focos para dar comienzo al espectáculo: los blancos estaban regresando a la calle Dean. Algunos.

A los cinco años, bajo el ailanto del jardín trasero, Dylan Ebdus mató un gatito por accidente. Los inquilinos del sótano de los Ebdus tenían una camada de gatitos, cinco, seis o siete. Los gatitos se retorcían en el suelo de aquella jaula de paredes de ladrillo, entre los escombros y las enredaderas recién plantadas y las hojas almizcladas del ailanto, donde Dylan jugaba y exploraba a solas mientras su madre removía la tierra con un pequeño rastrillo o se sentaba a fumar mientras la pareja del piso de abajo cantaba y uno de ellos rasgaba una guitarra desafinada con una pegatina del símbolo de la paz. Dylan bailaba con los despiertos gatitos de ojos saltones, los cazaba en aquella mole de ladrillo infestada de babosas y, el segundo día, al retroceder de espaldas ante uno de ellos, aplastó otro con la zapatilla deportiva.

Los inquilinos del sótano se llevaron al gatito roto todavía vivo mientras a Dylan sus padres lo sacaban de allí a empujones, entre lágrimas. Pero Dylan comprendió que, de un modo u otro, acabaron con el gatito por misericordia,

asfixiándolo o ahogándolo. Preguntó, pero el asunto se silenció. Los adultos dejaron ver sus intenciones solo en el instante del descubrimiento, permitiendo que Dylan atisbara su incómodo enfado, y luego acallaron la cuestión. Dylan era demasiado joven para comprender lo que había hecho, solo que, en realidad, no lo era; tenían la esperanza de que lo olvidaría, solo que no lo olvidó. Dylan fingió olvidarlo, protegiendo así a los adultos de algo a lo que, estaba seguro, no sabrían enfrentarse: al hecho de que lo recordara todo.

Posiblemente el gatito muerto era la pastilla insoluble de culpa que se había tragado.

O posiblemente fuera esto: su madre le dijo que alguien quería jugar con él en la acera de enfrente. Fuera. Sería la primera vez que saldría a la manzana, a jugar fuera en lugar de en el jardín trasero de ladrillos mohosos.

—¿Quién?

—Una niña —dijo su madre—. Ve a ver, Dylan.

Quizá fueran las chicas blancas, Ana y Thea, con sus camiones y sus patines. Dylan las había visto por la ventana, ahora habían venido a buscarle.

Pero era una niña negra, Marilla, la que esperaba en la acera. Dylan, a los seis años, reconocía un montaje en cuanto lo veía, reconocía el oficio de su madre para moverse por la ciudad, su sabiduría de nativa. Rachel Ebdus estaba trabajándose la manzana, buscándole amistades.

Marilla era mayor. Marilla tenía un aro y tizas. La acera de delante del portal de Marilla, su parte de paseo de pizarra desigual, era su zona, marcada. Fue lo primero que Dylan aprendió del sistema que organizaba el espacio de la manzana. Nunca entraría en casa de Marilla, pero de momento no lo sabía. La acera era el salón de Marilla. Dylan tenía también el suyo, aunque todavía no lo había marcado.

—¿Te has mudado? —preguntó Marilla cuando estuvo segura de que la madre de Dylan había entrado en la casa.

Dylan asintió.

—¿Vives solo en esa casa?

—Tenemos inquilinos debajo.

—¿Tienes un piso?

Dylan volvió a asentir, confuso.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No.

—¿Qué hace tu padre?

—Es artista. Está haciendo una película. —Lo explicó con suma gravedad. No impresionó demasiado a Marilla.

—¿Tienes una Spaldeen? Es una pelota, por si no lo entiendes.

—No.

—¿Llevas dinero encima?

—No.

—Quiero comprar caramelos. Podría comprarte una Spaldeen. ¿Podrías pedirle dinero a tu madre?

—No sé.

—¿Conoces las chapas?

Dylan negó con la cabeza. ¿Eran personas, otro tipo de pelota o un caramelo? No lo sabía. Le pareció que estaría empezando a darle lástima a Marilla.

—Podemos hacer chapas. Se pueden hacer con chicle o cera. ¿Tienes una vela en casa?

—No sé.

—Podríamos comprar una, pero no tienes dinero.

Dylan se encogió de hombros a modo de defensa.

—Tu madre me ha dicho que cruce la calle contigo. No sabes hacerlo solo —dijo Marilla en tono filosófico.

—Tengo seis años.

—Eres un crío. ¿Qué clase de nombre es ese de Dylan?

—Como Bob Dylan.

—¿Quién?

—Un cantante. A mis padres les gusta.

—¿Te gustan los Jackson Five? ¿Sabes bailar?

Marilla se metió en el aro, dobló rodillas y codos a un tiempo, cerró los puños, apretó los dientes, sacó el culo. El aro se balanceó. Marilla sonrió y sacó barbilla y cadera a la vez, como si hiciera girar otro aro alrededor del cuello.

Cuando le tocó el turno a Dylan, el aro cayó a la pizarra ruidosamente. Todavía era un Tweedledee gordo como un tanque. Su figura carecía de bordes para sostener el aro. Apenas lograba abarcarlo con los brazos abiertos. No supo doblar las rodillas, y en lugar de eso dio unos pasos a los lados, rascando el suelo. No supo bailar.

Así jugaron, con Dylan dejando caer el aro de plástico al suelo mil veces. Marilla cantaba para darle ánimos: «Oh, baby, dame otra oportunidad, quiero que vuelvas». Lanzaba puñetazos al aire. Y Dylan se preguntaba con sentimiento de culpa por qué no le habrían llamado las chicas blancas de los patines en lugar de Marilla. La conciencia de ese deseo herético abrió su segunda herida. No era como el gatito muerto: esta vez nadie juzgaría si para empezar Dylan había entendido la situación ni si la había olvidado después. Solo él. Sería cosa de Dylan considerar eternamente si ya por entonces había sentido una preferencia vehemente, si antes de los años con todas sus estaciones y todas sus horas que pasaría en la calle, antes de Robert Woolfolk o Mingus Rude, antes de «Play That Funky Music, White Boy», antes de la Escuela de Secundaria 293 ni ninguna otra cosa, había deseado ya, en contra de la opinión de su madre, que las chicas Solver lo arrastraran con ellas a un éxtasis de cabellos rubios y ropas conjuntadas, lazos ajustados y ruedas que apenas rozaban la pizarra o se limitaban a marcarla con flechas que señalaban a otro lugar, huellas de una huida veloz.

Marilla giraba sin moverse del sitio mientras cantaba: «Cuando te tenía para mí sola me agobiaba tu presencia, aquellas bonitas caras siempre destacaban entre la multitud...».

Isabel Vendle descubrió el nombre en un maltrecho libro encuadernado en cuero de la Sociedad Histórica de Brooklyn: Boerum. Como en la guerra de los bóers. Una familia holandesa, granjeros, hacendados. Los Boerum circunscribían sus riquezas a Bedford-Stuyvesant; en realidad no se habían acercado nunca a Gowanus, ninguno de ellos salvo un hijo díscolo, probablemente un borracho, llamado Simon Boerum, que edificó una casa en la calle Schermerhorn y murió en ella. Tal vez había sido su exilio de pródiga oveja negra durmiendo una larga juerga. En cualquier caso, había dado su nombre —¡cómo iba a negarse!— al grupo de calles comprendidas entre Park Slope y Cobble Hill porque Gowanus no resultaba adecuado. Gowanus era un canal y un complejo de viviendas de protección oficial. Isabel Vendle necesitaba distinguir su campamento de las casas Gowanus y de los jardines Wyckoff, el otro grupo de viviendas subvencionadas que constreñía su nuevo paraíso; necesitaba distinguirlo del canal, de Red Hook, Flatbush, del centro de Brooklyn, donde se erguía el Centro de Detención de Brooklyn, el monolito rodeado de alambrada de la avenida Atlantic. Isabel Vendle quería implicar una conexión con Brooklyn Heights y Slope. Así que eligió Boerum Hill, aunque no había ninguna colina. Isabel Vendle lo escribió y así se hizo y de este modo la gente se mudaría a un nuevo lugar que había sido inscrito en la realidad de su mano, su mano apretada que se hundía en el futuro desde el pasado, y Simon Boerum y Gowanus, padres rebeldes, dieron a luz un hijo respetable: Boerum Hill.

Las casas del lugar estaban enfermas. Los adosados estilo holandés habían sido divididos en apartamentos y utilizados como pensiones para hombres con hornillos y ceniceros y boletos para las carreras o como pisos en los que se amontonaban familias crecientes de primos en cada planta, mientras jardines y rellanos se abarrotaban de incontables

niños. Las casas habían sido recubiertas de linóleo y chapa prensada, luego se había pintado el linóleo y la chapa, después se había repintado la pintura. Era como una saburra que recubriera la lengua, los dientes y el paladar de la boca. Las líneas de las habitaciones, las delicadas molduras, se habían sustituido por paredes chapuceras para hacer pasillos, se habían embutido duchas baratas Sears Roebuck en los cuartos de baño, los armarios se habían convertido en cocinas. Se habían meado en los pasillos. Aquellas moles de piedra rojiza, aquellas casas holandesas eran cuerpos, cuerpos maltratados, pero Isabel los sanaría de nuevo, los llenaría con parejas, restauradores que volverían a revo-car los techos decorados y reformarían los corazones de mármol. Ya había atraído a unos cuantos. Los primeros restauradores eran variopintos, a decir verdad. Le decepcionaron los beatniks y los hippies que montaban comunas apenas mejores que las pensiones. Pero alguien tenía que ser el primero. Eran los primeros reclutas desgredados de Isabel; no eran buenos, solo aceptables.

Por ejemplo, Abraham y Rachel Ebdus. A Isabel siempre le resultaba tedioso enfrentarse a la realidad de un matrimonio. La mujer, Rachel, tenía ojos de loca, fumaba un cigarro tras otro y era demasiado joven, en realidad era demasiado de Brooklyn. Isabel la había visto hablar en español con los hombres de las cajas en la esquina de la calle. Así no iba a arreglarse nada. Y él, Abraham, era pintor, un pintor maravilloso, pero ¿era necesario llenar las paredes de la casa con desnudos de su mujer? ¿Qué necesidad había de que las pinturas del salón se vieran a veces desde el cruce de Dean con Nevins, de que toda esa carne al óleo reluciera por entre las cortinas a medio correr?

La mujer mantenía al marido con un trabajo de media jornada en el Departamento de Vehículos a Motor de la calle Schermerhorn. Conversaba en español con los descamiados que lavaban coches delante de las pensiones.

Mientras, el marido se quedaba en casa y pintaba.

Tenían un niño.

Isabel arrancó una hebra de pavo ahumado de la periferia de su sándwich reseco y la balanceó delante de la indiferente nariz del gato anaranjado hasta que aquella cosa atontada comprendió lo que le ofrecían y atrapó el pavo con sus dientes de máquina.

Había dos mundos. En uno, su padre paseaba por el piso de arriba y hacía chirriar las sillas pintando en su minúscula cajita de luz ocupado en un incomprensible progreso mientras su madre ponía discos en el piso de abajo, lavaba los platos y reía al teléfono enviando su voz más allá del recodo de la larga escalera, el ailanto del jardín trasero barría las ventanas del dormitorio de Dylan veteando la luz líquida, tropical, del sol que caía sobre el papel de las paredes, que también representaba un bosque lleno de monos, tigres y jirafas, y Dylan leía una y otra vez *Huevos verdes con jamón* y *Oobleck* y *Si yo dirigiera el zoo* o empujaba soñadoramente con un dedo su coche Matchbox n.º 11 por su única pista naranja o desenmascaraba de nuevo las deficiencias del Telesketch y el Spirograph, la dureza de los mandos, lo recalitrante del ingrediente plateado oculto tras la pantalla opaca del Telesketch, la falta de fiabilidad de las anillas del Spirograph, cuyos pinchos se doblaban siempre en el perihelio cuando la presión del bolígrafo de dibujo resultaba excesiva, de manera que toda órbita científicamente deliciosa se torcía y doblaba en el momento crucial hasta convertirse en una absurdidad irregular, una cabeza con nariz, un pepinillo con una verruga. Si el Telesketch y el Spirograph hubieran funcionado de verdad, probablemente serían máquinas en lugar de juguetes, habrían formado parte del modo en que operaba el universo adulto y se instalarían en los paneles de instrumentos de los coches o se incluirían en los cinturones de los policías. Dylan lo entendía y lo aceptaba. Esas cosas no funcionaban por-

que eran juguetes y viceversa. Necesitaban de su comprensión y paciencia, como niños retrasados que hubieran dejado a su cargo.

En su mundo de puertas adentro, Dylan podía flotar en una de dos direcciones. Una hacia arriba, asiéndose al vibrante y suelto pasamanos, deslizándose su manita sobre una porción de su pulida suavidad y haciendo saltar los dedos por encima de las juntas separadas, para llamar a la puerta del estudio y que le permitieran colocarse junto a su padre e intentar atisbar lo que no podía verse, el incomprensible progreso de una película de dibujos animados pintada a pinceladas directamente sobre el celuloide. Porque Abraham Ebdus había renunciado a pintar sobre lienzo. Los lienzos que llenaban los pasillos, aquellos espléndidos desnudos artísticos, constituían su obra de aprendizaje, los trazos sentimentales de su progreso en pos de lo que había devenido el trabajo de su vida, una pintura abstracta que avanzaba en el tiempo en forma de fotogramas pintados. Lo único que podía mostrar eran los bocetos y apuntes colgados en las paredes que antes habían ocupado los lienzos. Los pinceles grandes estaban secos y tiesos, guardados todos en latas. Habían sido reemplazados por pincelitos como los que usa un joyero para retirar el polvo de diamante; y en aquel estudio del tercer piso donde runruneaban los ventiladores de las ventanas atrayendo hacia dentro el cielo amarillo de agosto para que se seque la pintura, Abraham Ebdus se encorvaba como un joyero o un monje copiando pergaminos y lamía sus cuadros de celuloide con los cepillitos minúsculos en una tarea reverente e infinitesimal. Dylan se quedaba de pie a su lado y olía la pintura, el tenue penacho acre de los pigmentos recién mezclados. Se colocaba a la cabecera de la mesa en la que su padre pintaba, con los ojos a ras del tablero y pegados a la madera, y se preguntaba si sus manitas no resultarían más adecuadas para la tarea que las de su padre. Al cabo de un rato se aburría y se sentaba con las piernas cruzadas en el suelo y

dibujaba con las ceras olvidadas de su padre, sacándolas cuidadosamente de la lata metálica etiquetada en francés. O hacía correr su coche n.º 11 por el suelo de madera pintada. O abría un enorme libro de reproducciones, con láminas intercaladas, de Brueghel, Goya, Manet o De Chirico, y se perdía en ellas, imaginándose por un instante en una ventana de la Torre de Babel o un corro nocturno de brujas sentadas con una cabra junto a una hoguera o una fila de chicos persiguiendo cerdos con ramas y cruzando un arroyo. En Brueghel y De Chirico encontraba niños jugando con aros como el de Marilla y se preguntaba si la niña le dejaría su hula-hop para hacerlo rodar por la calle Dean con un palo. Pero la niña del aro y el palo de la solitaria calle de De Chirico tenía un pelo que flotaba como el de las niñas Solver, de modo que daba igual si Marilla se lo dejaba o no.

—Parecen iguales —dijo Dylan al ver a su padre terminar un fotograma y pasar al siguiente.

—Los cambios son mínimos.

—No veo ninguno.

—Con el tiempo los verás.

El tiempo, le habían dicho, se aceleraría. Los días pasarían volando. Allí, en el suelo del estudio de su padre, no pasaban volando, pero lo harían. Volarían, la película se aceleraría y correría tan rápido que daría la impresión de movimiento, el verano terminaría, iría al colegio, estaba creciendo muy rápido, según el consenso general al que únicamente él no se sumaba, enfangado como se sentía, hundiéndose extrañamente en el tiempo en el suelo del estudio, espionando a Brueghel, buscando a los otros niños entre los perros de debajo de la mesa del festín de los molineros y sus mujeres. Al alejarse del estudio de su padre contaba los escalones quejumbrosos.

Abajo era un problema completamente distinto. Los espacios de su madre, el salón repleto de sus libros y sus discos, la cocina donde guisaba y reía y discutía por teléfono, su mesa llena de diarios y cigarrillos y copas de vino, a Dy-

lan le resultaban impredecibles, llenos de intranquilidad, como su propia madre. Por la mañana su madre se iba a trabajar a la calle Schermerhorn. Entonces Dylan podía vivir en la planta baja cual fantasma, encorvándose sobre sus propios libros o echándose una siesta al sol en el sofá, comiendo restos de la nevera o cucharadas de cacao en polvo directamente del bote hasta que una especie de yeso de cacao le secaba la boca, examinando el rompecabezas a medio terminar de encima de la mesa, empujando su coche n.º 11 entre los ceniceros o por el borde del tiesto que acogía a la gigantesca crasulácea, que con sus hojas gruesas, carnosas, arbóreas constituía otro mundo en el que el minúsculo yo de Dylan podía aventurarse y perderse. Entonces, siempre antes de que Dylan recobrara la compostura o decidiera qué quería de ella, Rachel Ebdus regresaba a casa y Dylan descubría que no controlaba a su madre. La soledad de Dylan, que su padre respetaba, su madre la reventaba como una uva. Podía agarrarlo y, clavándole los nudillos en el cráneo a través del pelo, decirle «Guapísimo, eres un niño guapísimo», o era igual de probable que se sentara a fumar un cigarrillo lejos de él y le preguntara «¿De dónde has salido? ¿Qué haces aquí? ¿Qué hago yo aquí?» o «Ya sabes, bonito, que tu padre está loco». A menudo le mostraba una revista con una ilustración titulada «¿SABES DIBUJAR?» y le decía «Debería resultarte fácil, podrías ganar el concurso, si quisieras». Cuando Rachel quería freír un huevo le pedía a Dylan que le hiciera compañía, luego le cascaba el huevo en la cabeza y lo vertía rápidamente en la sartén antes de que se derramara. Él se frotaba la cabeza, entre dolorido y enamorado. Ella le ponía discos de los Beatles, *Sergeant Pepper*, *Let It Be*, y luego le preguntaba cuál era su Beatle favorito.

—Ringo.

—A los niños os gusta Ringo —le decía Rachel—. A los chicos. A las chicas les gusta Paul. Es atractivo. Ya lo entenderás.